

ASPECTOS DEL OTOÑO GERUNDENSE

Por M.^a ASUNCIÓN SOLER

El otoño se acusa en Gerona más que en otra ciudad cualquiera. La extensa mancha amarilla de la Dehesa es, tal vez, lo que le da este aire de melancolía que los forasteros no alcanzan a comprender y que, sin embargo, a los nativos nos encanta. Muchas veces nos hemos asomado a nuestro parque en noviembre y discurrido bajo la maraña de las ramas de los plátanos viendo desprenderse, las hojas lentamente, una tras

otra, sin descanso, hasta cubrir el suelo; y hemos pisado la alfombra crujiente, que se ha formado al correr de los días, sintiendo hundirse en ella nuestros pies con auténtica delectación, con ilusión casi infantil.

Sí; cuando despojada de la verde saya veraniega, se nos aparece arropada en amarillos y ocres, de una luminosidad fulgurante, nos damos cuenta de que el color del otoño le sienta bien a nuestra ciudad. Es un color que armoniza con el de algunas piedras viejas y con el de las aguas de los ríos que devuelven, temblorosas, las imágenes de las plantas que a su borde declinan y las luces, pálidas, de los atardeceres nostálgicos, con nubes de rosa y carmín, desteñidas por el vaho húmedo de la hora crepuscular. La melancolía, en todo caso, es fina y sutil y forma parte de nosotros mismos. Está en todo y no nos damos cuenta de ella.

En algunos días el sol envuelve, con su luz brillante, las altas copas y les contagia su deslumbrante centelleo, bajo un azul preciso y claro, sin mancha alguna que pueda herir su pureza ni su transparencia quebradiza como de cristal. Son los días de bonanza, con resabios veraniegos. Aquellos en que el vientecillo montaraz nos trae un penetrante olor a bosque mientras crecen las setas, maduran las piñas y abren sus erizos las castañas en sazón.

En estos días, como dice el poeta:

«El cel és malva i rosa i ametista
hi ha un or de fulles pels camins forans.»

En esos días apacibles, de noches serenas y horas sosegadas, puede perderse el tiempo sentado a la sombra de un árbol languideciente, contemplando las estrellas o captar, con la máquina fotográfica, el ensueño de las horas vespertinas en asombroso contraluz.

Pero no siempre son así, lo sabemos y hay otros días en que la ciudad se envuelve en chales neblinosos, como si quisiera resguardarse del hálito invernal que, allende las montañas, acecha.

El sol no reverbera en las copas amarillas entre las cuales se desgarran los girones de la niebla que atenúa el colorido de la naturaleza muriente. Un airecillo, fino, casi imperceptible, parece arrastrar esos cendales entre los andenes solitarios de la Dehesa, en los cuales los pájaros ya no dejan oír su aleteo. El ambiente se llena de olor a hoja muerta, a hojarasca que va pudriéndose. Las siluetas de los edificios aparecen grises y estáticas, como fantasmas, queriendo sobresalir de la bruma cuya caricia escalofriante contagia su color grisáceo a las piedras, tristes y mudas, que no pueden protestar del frío abrazo.

Esos días nos recuerdan la Soledad de los cementerios cuando nos perdemos por las viejas calles.





Entonces nos acordamos de los que fueron, de los que nos precedieron en estos sentimientos en su deambular por la ciudad, gris y adormilada.

Los días de niebla sí, entrañan una melancolía profunda que difícilmente superan los forasteros. Son algo tan nuestro, no obstante, que no concebiríamos el otoño sin ellos. Son una sinfonía en amarillo y gris que, divinamente combinados, nos dan una perfecta estampa del tiempo en el cual se huele, se presente, la inminente lluvia.

Pierde la ciudad su contorno definido y queda desdibujada, en la lejanía, como una ciudad casi invisible, poblada de seres extraños y legendarios, semejando a una acuarela que se hubiera pintado con manos temblorosas y trazos imprecisos.

Los días de lluvia son otro cantar. «La pluja de Tot Sants», como diría Sagarra, llega, algunas veces anticipadamente, otras retrasada, pero casi siempre cuando la ciudad se dispone a vivir unos días de fiesta.

Esta lluvia suele ser menuda y persistente, espesa, monótona. Abrillanta las hojas que todavía se mantienen en las ramas y ennegrece las fachadas de las viejas casas que aparece, algunas, con su desnuda fealdad, bajo el martirio implacable del agua que ablanda la cal de las paredes y abre en su carne insensible, profundos desconchados que luego, no se reparan jamás.

En estos días también la ciudad tiene su aspecto especial. La gente se refugia en los porches.

«Sota les voltes la ciutat encesa,
és estrident de riures i fanals»...

y el asfalto y los enlosados callejeros se convierten en espejos donde los faroles de mercurio reverberan con humildad franciscana.

Pero, debajo de los porches la vida ciudadana prosigue, sin contratiempo y en ellos se demuestra, mejor que en parte alguna, que el hombre es un ser social y que necesita las horas de solaz y esparcimiento que un clima, sin compasión, quisiera robarle.

Mientras, en la parte alta, la soledad es absoluta. Arroyos diminutos discurren por los callejones en pendiente y, en los patios medioevales se estrella el agua que las gárgolas arrojan sobre las piedras del pavimento. Y este incesante chapoteo, da fe de que la lluvia sigue cayendo, a los vecinos que, en las horas de la noche se sienten acunados por ella, como si velara su sueño.

Bajo los puentes el agua corre, rojiza, arrastrando ramas podridas que se detienen en los bardales de las orillas como algo campestre que quisiera quedarse en la ciudad atraído por el engaño de las luces, fosforescentes, que se alargan sobre el agua, turbia y tumultuosa, que pasa, benévola, sin dejar recuerdo.

Gerona otoñal es así: varia, inconstante, versátil. Pero no pierde su personalidad. José M.^a de Sagarra ha cantado su encanto en un admirable soneto, y otros poetas se han inspirado en ella por ser cosa única y poseer un encanto poético invencible. Los poetas raras veces se equivocan y hacen correr la tinta cuando algo les subyuga y cautiva el corazón. Juan Badía, el malogrado vate gerundense, hallaba en el otoño de su ciudad una melodía dulce y la falta de policromía que iba tomando, le hacía sentir una paz inmensa que se extendía a cuanto le rodeaba. Huían de él la angustia y la tristeza, sus males perennes, para envolverse en una tenue melancolía que le hacía desear lo más simple, lo más corriente, sin envidiar grandezas ni anhelarlas.

Parece un contrasentido que en esta época de sosiego sorprendan a Gerona los días bulliciosos de sus Ferias y Fiestas con el estallido ruidoso de tracas y cohetes y con el repiqueteo de las campanas. Por unos días se turba la calma, deja de respirarse el aire encalmado de los días corrientes y se sumerge en un mar frenético y enloquecedor. Todo pierde el carácter habitual y adquiere otro también, muy conocido, archisabido, pero no por eso menos deseado. Las Ferias forman parte del otoño gerundense, como el Día de Difuntos, como la baraúnda del ferial y el cortejo de actos callejeros con sesiones de títeres.

La seriedad gerundense —mitad gótica, mitad barroca— se desborda, sin embargo, con ímpetu delirante como ocurre en otros lugares durante las Fiestas patronales. Si el tiempo presenta el primer aspecto, del cual hemos hablado, lo agradece y se lanza a la calle sin que el estrépito y el jolgorio que las gentes de los pueblos vecinos, ponen en el ferial, le haga perder los estribos. Si al tiempo le da, en cambio, por la neblina y la llovizna —o por la lluvia torrencial—, se conforma porque ya se sabe que «siempre ocurre así». En Gerona, en otoño, uno no puede forjarse demasiadas ilusiones.

Puede suceder, también —y ha sucedido, infinidad de veces— que lleguen, con la festividad de Todos los Santos, los ramalazos de la tramontana en lugar de las gotas de lluvia que exaltó el poeta y, entonces, empieza la danza de las hojas secas, en delirantes remolinos o carreras desenfrenadas a lo largo de las avenidas. La tramontana barre hasta a los paseantes. El ferial queda desierto, solo, con los altavoces de propaganda desgarrando el silencio y el gemir de las lonas de las tiendas y tenderetes ante las acometidas del ventarrón, súbito y helado. En la dehesa, en brutales sacudidas, se mueven las ramas quejumbrosas y desmelenadas. La desolación se adueña del lugar y la alfombra de hojas secas presenta desgarrones profundos que le quitan belleza y elegancia, le quitan continuidad y la arena del paseo se ve como atacada de prematura calvicie.

Pero no por eso enmudecen los altavoces recordando a las gentes que «a pesar de todo» la ciudad está en Ferias. Y éstas prosiguen en local cerrado y en el corazón de los gerundenses.

La nieve, la lluvia y el viento son incómodos; estropean los planes trazados; deslucen los festejos callejeros; son la ruina de los feriantes. Pero todo se supera con impasibilidad, con paciencia, con estoicismo, como si, en el fondo, formara parte del programa. Hay quien se lamenta, claro, pero, a estos se les dice que no hay por qué. Gerona ha sido, es, y será siempre así, en otoño, a pesar de las Ferias y no se le puede pedir más.

Fotos J. SURIS y M. CLOSA